

El cementerio de los reyes menores

Colección Rayos globulares

(21)





Este libro fue publicado con el apoyo financiero del Ministerio de Cultura de la República de Croacia

Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.

Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: febrero 2016

Título original: *Groblje manjih careva*

© Zoran Malkoč

© de la traducción del croata, Luisa Fernanda Garrido

y Tihomir Pištelek

© de la fotografía de Zoran Malkoč, Goran Stanzl/PIXSELL

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2016

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Dídac Gurguí

Correctora: Marina Del Valle Blanco

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 RayoVerdeEditorial  @Rayo_Verde

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B-28557-2015

ISBN: 978-84-944496-8-0

BIC: FA, 3JJPR, 1DVWY

Impreso en España Printed in Spain

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

El cementerio de los reyes menores

Zoran Malkoč

Traducción de Luisa Fernanda Garrido
y Tihomir Pištelek

Rayo verde
editorial

Índice

Y pude haber sido el rey	11
Cómo la Pequeña Muerte Adormilada me dio calabazas	17
La verdadera historia de las zapatillas	25
Arrancamos los ojos	33
Unas pocas palabras sobre el amor de Igor	41
El hombre perro	49
El muchacho triste con la varita mágica	55
Persiguiendo a Romeo	61
Un día cualquiera en el Hajduk	69
La noche en que comimos lombrices	77
Romeo y Liputin	89
Cuando yo era la abuela Pila, muerta, y en los mejores años	105

Discusión ornitológica	111
Naturaleza muerta	115
Disección	119
El Aquiles de Poljana	129
De los <i>méntodos</i> de matar a una bestia	139
Vuelco en el día en que murieron dieciséis <i>croatas</i>	147
El bestiario de Celentano	153
El muerto indeseado	161
Observadores	169
T. Rex	173
No quiero volver a saber nada de enanos	179
El cementerio de los reyes menores	197
No soy Jarni	205
El momento en que invoqué al escritor más grande del mundo	211

Y pude haber sido el rey

*A todos los miembros del Club de Amigos del Hajduk,
en particular a los forofos del Dinamo*

Todos los otoños el Pastilla y yo hacíamos apuestas sobre quién la palmaría primero al invierno siguiente. En el juego participaban Dubinko, el Chino, el Muletas, el Cactus y la Pequeña Muerte Adormilada, que por lo demás vivía en un país encantado debajo de sus ojos cerrados. Éste era el círculo más estrecho de favoritos, amenazados por el invierno, y por las lesiones y enfermedades atroces que el alcohol, su dulce dueño, les enviaba implacablemente. Ninguno de ellos tenía más de cincuenta años, pero poseían un talento asombroso para morir. Sin embargo, en el círculo más amplio también estábamos Romeo, porque vivía peligrosamente durante las borracheras, el Pastilla y yo. El otoño anterior el Pastilla había apostado por sí mismo; sobrevivió al invierno, y en primavera por poco pierde la apuesta: se rompió la cadera, tres costillas y un brazo, pero salió adelante. Mis tiros iban por el Chino, pero fallé. Ese invierno la palmó Serđo, que sólo de vez en cuando pasaba por el club y en realidad no lo tomábamos en serio para nuestras quinielas. Lo habían molido a palos en Zagreb y lo habían dejado morir en el parque de Zrinjevac.

Yo había vuelto a apostar este año por el Chino.

—¡Joder, tío, lo haces por enésima vez! —se rebeló el Pastilla.

—Es la tercera. El reglamento dice que tenemos derecho a tres veces.

—Yo no digo que vaya en contra del reglamento, pero tampoco es juego limpio. Parece que la tienes tomada con el jodido Chino.

—No puedo ir contra mi olfato, tío. Y éste me dice que el Chino este invierno la casca. Y lo de que la tengo tomada con él, yo diría que es más bien lo contrario —dije, y no mentía. La sensación de que el Chino me tenía manía no me abandonaba. Y no creo en absoluto, como afirma el Pastilla, que se deba a que, en el curso de una discusión un poco virulenta, le metí la cabeza en el fregadero y le hice un pequeño corte con la navaja. En primer lugar, con esa navaja no se podría degollar ni a un niño, y en segundo, desde entonces han pasado cinco años, y el Chino no tiene tanta buena memoria. Le cuesta incluso recordar cosas que han ocurrido por la mañana. Más bien se deberá a que de alguna manera adivina que yo todos los años apuesto por él y, como ejerce en nuestro club de los amigos del Hajduk dos cargos importantes, el de secretario y el de camarero, no me gusta ni un pelo caerle mal. Siempre que nos trae las bebidas, por alguna extraña razón se olvida de la mía y, si la trae, la golpea con tanta fuerza contra la mesa de plástico que acabo bañado en cerveza.

El Pastilla apuntó las apuestas y se largó, dejándome solo con el asqueroso gusanillo de la conciencia. ¿Y qué pasa si yo realmente le tengo manía a nuestro secretario? ¿Será que las apuestas no son más que la expresión de mi deseo inconsciente de querer librarme de él? Es un hecho que yo me tomaba en serio estas porras y las ganaba con regularidad hasta que me estanqué con el Chino, que, a pesar de su desastroso estado de salud, se negaba con terquedad a morir. En lo que concierne al Pastilla, sus motivos eran de una naturaleza muy

distinta, él nunca ha querido ganar la apuesta; por alguna razón está convencido de traer suerte a sus «purasangre» y de que aquéllos por los que apuesta —incluso aunque los amenaza una muerte segura— sobrevivirán.

Estos pensamientos y otros semejantes me atormentaron toda la noche; incluso varias veces me asaltó la tentación de llamar al Pastilla y decirle que había cambiado de opinión. Por lo tanto, fue muy comprensible mi alegría cuando al día siguiente apareció en mi trabajo y él mismo me propuso el cambalache: yo le daba al Chino, y él a mí, a Dubinko. Por supuesto, no mostré abiertamente mi gran satisfacción.

—Anda, tío, me estás tomando el pelo. Dubinko es un mocetón, detrás de ese rostro abrasado por el ácido se oculta una fuerza increíble, física y psíquica. Lo único que le jode es la herida en la pierna, pero eso no es nada... Pero ¡el Chino!, ¡el Chino es una apuesta segura!

—Dubinko no está tan sano como tú crees, te irá bien con él —dijo el Pastilla mientras caminaba de un lado para otro por la librería de lance—. Joder, tío, me he quedado tieso allí en el Hajduk, es como si en vez de leña echaran sillas de plástico para calentarse, pero en tu tienda tampoco se está más calentito.

—Ya ves, estos viejos catecismos no arden demasiado bien. Qué voy hacer contigo; de acuerdo, coge al Chino —respondí. Él me miró con incredulidad, sacó en un santiamén la libreta en la que apuntaba las apuestas, lo anotó más deprisa aún, y desapareció muy feliz. Yo tampoco estaba descontento. También ese año perdería la apuesta, pero al menos tenía la pequeña esperanza de que el Chino dejaría de salpicarme con cerveza. Después entraron unos clientes y me levantaron todavía más el ánimo, pero entonces apareció de nuevo el Pastilla.

—¡De ningún modo! ¡No hay más cambios, se acabó! —le grité en cuanto lo vi asomar por la puerta porque pensaba que había cambiado de opinión y quería modificar las apuestas una vez más.

—Ya es tarde para eso. Has ganado, esta noche te espera una caja de cervezas. Ha muerto Dubinko.

—¡No jodas! Pero ¿cuándo?, ¿de qué?

—De aquella mierda en la pierna. Septicemia. Por la noche empeoró, y no quería ir al hospital. Hace una hora que ha muerto.

Al día siguiente, a la vez que entregaban el martirizado cuerpo de Dubinko a la pantanosa tierra de Panonia, el Pastilla y yo bebíamos en memoria de su alma en el restaurante de Ante Liputin. Él se tomó su cerveza sin decir palabra dirigiéndome miradas sombrías.

—¿Por qué me miras así? ¡No lo he matado yo, joder!

—¡Apostaste por él, cabronazo! —masculló apretando con mucha fuerza la botella.

El suave ocaso de otoño se adhería a los cristales, y la ciudad amarilla, roja y dorada se hundía más en la bruma; como si hubiéramos recibido una orden, el Pastilla y yo nos levantamos y partimos con paso lento hacia nuestro club, donde esa noche, al día siguiente o al otro, según se cumplieran las condiciones necesarias, se celebraría la auténtica despedida de Dubinko; la familia y los vecinos lo habían enterrado en cuerpo, pero sólo nosotros, sus amigos del Hajduk, podíamos hacer que realmente se fuera. Detrás de la barra asomaba el Chino, blanco, casi transparente; estaba contento de vernos; incluso a mí me miró con cierta simpatía. Nos trajo una cerveza a cada uno y se sentó a nuestra mesa.

—¿Qué crees, Chino, seremos capaces de despedirlo? —preguntó el Pastilla.

—Si aparece un candidato, Pastillita, únicamente si aparece un candidato. Ya lo sabes —dijo con voz suave y queda el Chino, el celoso guardián de nuestras costumbres y nuestra tradición.

El club se iba llenando poco a poco. Después de nosotros llegó Romeo, seguido por el Muletas, el Zemunense, Keva y Škramić; el Cactus y la Pequeña Muerte Adormilada necesi-

taron una hora para recorrer los pocos metros que había desde el Korzo, el paseo principal de la ciudad, hasta nuestro local en el patio. Todos nos sentamos alrededor de la mesa. Sólo quedó vacío un sitio, el de Dubinko. El Chino puso una cerveza tibia delante y dos decilitros de aguardiente en un vaso de plástico.

—Ten, amigo, tu última copa. Ay, me cago en... ¿Quién me va sacar ahora la lengua cuando me den ataques de epilepsia? ¿Eh? ¿Quién? —dijo el Chino atragantándose por los sollozos, y se tomó de un trago el aguardiente del vaso de Dubinko—. Perdona, amigo mío, tenía que hacerlo, ahora mismo tu Chino te lo volverá a llenar.

Reinaba el silencio. Bebíamos callados. De cuando en cuando alguien farfullaba algo, más para sí mismo que para que lo oyéramos los demás. Algunos dormían, sacudían las piernas en sueños, agitaban los brazos, luchaban con el enemigo. De repente, la Pequeña Muerte Adormilada se puso muy nerviosa. Señalando el vaso de Dubinko aseguraba que había menos aguardiente dentro.

—¡Mi Mió, mi Mió! ¡Está con nosotros, se lo ha bebido él!

El Chino, que estaba prevenido, sacó un metro de sastre y midió el nivel de aguardiente.

—¡Igual! —dijo con voz seria.

—No tenías ni que haber medido. Si hubiera sido él, no habría quedado ni una gota en el vaso —dijo el Pastilla.

—Claro, tíos, qué os pasa, él siempre apuraba de un trago sus copas —corroboró el Cactus.

—¡Judas! —le espetó su amada.

Por la ventana vi que alguien se aproximaba por el patio con pasos decididos. Surcaba el aire. Un instante después se abrió la puerta y fue como si hubiera entrado un huracán; todos sentimos en la piel la ráfaga de energía. Un chavalote, uno que todavía podía ser el rey. No habló, se limitó a medir con mirada burlona al grupo cansado que formábamos, dando a entender que nunca había visto un montón de desesperación tan ridículo.

—¿Hay algún Chino por aquí? —gritó el chaval, tan alto que todos nos sobresaltamos, incluso el Cactus, que se había adormecido de nuevo en el hombro huesudo de la Pequeña Muerte Adormilada.

—Yo soy el Chino —dijo éste en voz baja—. Y no tienes que gritar tanto, tenemos buen oído.

—Vale, tío. Duro me ha dicho que tal vez puedo sobar aquí unos días, si tú no tienes nada en contra. Sólo unos días, hasta que me las apañe.

—Lo mismo dijo Dubinko cuando la mujer lo echó de casa, sólo unos días, hasta que se las apañara —me susurró al oído el Pastilla—. Parece que, a pesar de todo, esta noche vamos a dormir. ¡Tenemos un candidato!

Acto seguido, el Chino confirmó que no tenía nada en contra, los hombros del chaval se arrugaron y se le desinfló el pecho; ya no parecía tan fuerte ni tan chuleta. Se sentó en el sitio de Dubinko, miró primero la cerveza y el aguardiente, luego al Chino, y preguntó:

—¿Puedo tomarme esto?

—¡Pues claro, si es para ti! Venga, bébetelo, tío —gritamos todos al unísono.

—¡Anda, pon algo de música, que no estamos de entierro, joder! —dijo el chaval.

—Es justo lo que estaba pensando —saltó el Chino, y se dirigió con paso cansino hacia el viejo y descuajaringado radiocasete. En el club retumbó la insoportable canción pachanguera de Mile Kitić *Puede ser el rey*, la preferida de Dubinko, que siempre canturreaba, también aquella vez, en víspera del accidente, antes de que el ácido empezara a corroerle la corona.

Cómo la Pequeña Muerte Adormilada me dio calabazas

La conocí después de licenciarme del Ejército, durante el peor invierno que recuerdo, cuando manadas de perros hambrientos descendían de los pueblos devastados de los alrededores y rondaban de noche por las calles atacando todo lo que era comestible. Por lo demás, estas malditas bestias no se diferenciaban mucho de nosotros. Nosotros rondábamos por los bares, sin una kuna en el bolsillo, e intentábamos camelarnos a los miembros de UNPROFOR, a los de la Misión de Observadores de la Unión Europea, que recibieron el apodo de heladeros por sus trajes blancos, y a los demás merodeadores sofisticados que acudían a Eslavonia para llevarse su trocito de cadáver. Yo me trabajé a una decena. El último era Bill, irlandés, coronel. Perfumado, culto y redondito, maricón como todos los que le habían precedido: franceses, nepalíes, húngaros, argentinos. A nosotros, recién salidos de la carnicería sangrienta, no nos entraba en la cabeza que estas personas fueran soldados. No eran más que pipiolos, incluso los pakistaníes que delante de las cámaras devoraban gallinas vivas. Y, a pesar de todo, les permitíamos jodernos. Nos clavaban sus delicadas pollas, educadas en quién sabe qué academias militares o de policía, desde Karachi hasta Dublín. No nos afectaba demasiado. Éramos guapos, salvajes y crueles, al menos

tres veces peores de lo que ellos se imaginaban. Media hora después de conocernos, al cabo de tres cervezas Staročesko, le dije a Bill:

—Oye, Bill, esta noche soy tu guía. Te costará cien dólares. El paquete incluye una buena diversión y una vuelta por las tabernas legales e ilegales más famosas, así como la garantía de salir vivo de esta juerga. ¿Te parece?

—¿Tú tocas ese instrumento vuestro, la *tamburica*?

—Ni de coña. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría aprender a tocarla.

—Si se trata sólo de eso, *no problem*. Pero el precio del paquete subirá unos cincuenta miserables dólares. ¡Vámonos, Bill!

Nos fuimos al Mlin, un molino cuya rueda ahora movía la desesperación que rebosaba del establecimiento y en el que las *tamburicas* casi nunca paraban de sonar porque, cada vez que los músicos querían bajar del escenario, los clientes sacaban las pistolas y disparaban por encima de sus cabezas. No permitían a nadie interrumpirles sus sueños, a pesar de que éstos, en el mejor de los casos, eran unas pesadillas a duras penas soportables. Llevé a Bill directamente al escenario.

—Mira, Bill, éste es Prakso, el hermano del Pastilla, el mejor *tamburista* del universo —dije, presentándole a un tipo entre los músicos al que no había que disparar para que tocara, pues de todos modos no bajaba del escenario. Dejé a Bill en la academia de *tamburica* y me fui a la barra a beberme sus dólares. Entonces la vi. Bailaba sobre una gran mesa de roble, doblándose como una planta seca al viento, la cual, según las leyes de la física, hace tiempo que debería haberse tronchado. Menuda, pequeña, delgada y huesuda, con los ojos cerrados, el rostro extendido en una sonrisa que rayaba en una mueca de dolor y dejaba al descubierto la inexistencia de sus dientes delanteros. A pesar de ello, pensé que era guapa, que era maravillosa, que era arrebatadora. Nunca la había visto, pero su nombre se desprendió solo de mis labios.

Pequeña Muerte Adormilada.

Me posicioné junto a la mesa, a la que ya estaban sentados varios borrachos, dos viudas de guerra igual que ella y cuatro chupones que las ayudaban a gastar su pensión de viudedad, y esperé pacientemente a que la ley de la gravedad hiciera lo suyo. Cuando empezó a caer, la agarré y la llevé entre las mesas. No pesaba más de treinta y cinco kilos. Le humedecí los labios con aguardiente, ella abrió los ojos durante unos instantes, esbozó una sonrisa crispada, intentando atraparme con el vacío negro de sus fauces. Mientras bailábamos, dábamos sorbos de la botella que yo no soltaba. Ella de repente empezó a hablar, me trataba de usted, afirmaba que yo era profesor de su hijo, que en una ocasión había sido el único en interceder en su favor.

—¡Profesor! ¿De qué importantes asignaturas, intérprete de qué sabidurías cósmicas, mi desdichada y bella amiga? Incluso aunque fuera cierto, yo desde luego no lo recuerdo, ni sé cuándo podría haber sido. Y ¿no será que te confundes? ¿No será algo que tal vez está por acaecer? —le dije, con la sensación extraña de que ese momento de presente se inflaba y agrandaba, como una suerte de simiente cancerígena cuyas células crecían a una velocidad galopante, extendiéndose simultáneamente hacia el pasado y el futuro. Entonces sentí que alguien me agarraba del hombro.

Bill el *Tamburista*.

—¿Por qué me despiertas, infeliz Patrick? ¿Es que ya ha terminado el curso? —grité, mientras él me imploraba con su voz zalamera y voluptuosa haciéndome cosquillas en el oído que le cediera a la viuda, insinuando una recompensa enorme si lo ayudaba a tirársela esa noche. ¡El maldito sabueso irlandés, cómo la había olisqueado!

—¡Y yo que pensaba que eras marica, Bill! ¿O precisamente te pone porque es una bellísima ruina destrozada?, ¿es eso lo que te pone, distinguido coronel? Oye, si te la pongo a tiro, tendrás que soltar una pasta gansa, al fin y al cabo es el

chochete desdentado de un héroe croata, con arrugas como los surcos de la luna, y ambos pies en la tumba. Y ¿sabes una cosa, Bill?, es precisamente en la tumba donde mejor folla. ¡Esta mujer está más devastada que las ciudades de Lipik, Pakrac, Škrabnja y Vukovar juntas! No sé, Bill, si tú puedes reunir tanta pasta... Pero, entretanto, dame todo lo que llevas encima, vamos, vamos, antes de que cambie de opinión.

Salimos fuera a la fantasmagórica ciudad sojuzgada por una nieve dura como el hormigón. No se podía romper ni con un pico. Ella y yo nos aferrábamos el uno al otro, encogidos de frío y por el viento que embestía en nuestra contra y a través de nosotros, pero al gordo de UNPROFOR, de mejillas sonrosadas, nuestro frío no parecía conmoverlo ni lo más mínimo, y no hacía más que dar brincos de alegría y lamerse los labios con su lengua rojo oscuro. Abrió las puertas de su enorme todoterreno con el mando a distancia y nos dejó entrar. Pese a su oposición, primero la coloqué en el asiento trasero, donde parecía todavía más menuda y solitaria, como una bellísima muñeca antigua olvidada en algún desván, y luego me senté delante.

Ya estábamos entrando en su barrio y yo seguía pensando en cómo jugársela a Bill, cuando un perro salió a nuestro paso. Bill pisó bruscamente el freno, pero lo atropelló de todos modos, y el todoterreno patinó y se salió de la carretera helada. No vacilé. Aprovechando el momento de desconcierto, agarré a la Pequeña Muerte Adormilada y, con ella a cuestas, corrí hacia los edificios. Ella, riéndose como una loca, me indicaba el camino. Hacia nosotros, a galope, se aproximaba una manada de treinta perros. Enseguida nos rodearon. Para cualquiera podría haber resultado una situación incómoda, pero no era nada que un borracho inspirado no pudiera solucionar con un discurso breve y eficaz. «Lo confieso, soy uno de éstos que han asesinado a vuestros amos y los han tirado al otro lado del río Sava, pero la culpa no es mía. La culpa es de ellos mismos, y también de otro hombre. Allí lo tenéis —grité

a través de la noche helada, señalando con la mano a Bill—, ¡allí está el verdadero culpable! ¡Cogedlo!».

La manada me entendió a la perfección y se fue corriendo hacia el todoterreno, mientras nosotros dos alcanzábamos su apartamento. En cuanto la solté, se desplomó en el suelo y se transformó en una bola, rodó hacia el interior de la habitación empujada por el fuerte viento del norte que soplaba por la puerta abierta. La cerré y fui tras la mujer, siguiendo el rastro sanguinolento que dejaba tras de sí porque en su rodar se había golpeado varias veces contra las paredes y los bordes de los muebles.

Cuando llegué a la habitación, ella ya estaba tumbada en la cama con las piernas abiertas. Exactamente encima de su cabeza se encontraba una hornacina cuadrada y, dentro, la fotografía del difunto marido. En traje de camuflaje y con el rosario alrededor del cuello, el soldado de la Tercera Brigada me miraba con ojos severos y una sonrisa congelada en las comisuras de los labios. Delante de la foto, un montón de velas consumidas. Y debajo, con la cabeza apoyada en la pared y las piernas separadas, yacía ella, desnuda, terriblemente flaca, únicamente con una bola, hinchada de alcohol, que sobresalía de su vientre. Parecía uno de esos animales de peluche, con extremidades largas y delgadas que surgían del tronco redondo. Ella cogió la vela ya preparada, larga y gruesa, y con las dos manos se la metió entre las tetas flácidas. Daba la sensación de que estaba rezando.

—Primero follaré con él, mira qué guapo está, mira —dijo, y se clavó la vela entre las piernas. Se la hincaba con furia, gimiendo y murmurando, como si se peleara con alguien. Pero enseguida se contrajo y soltó un grito; entonces encendió la vela y la colocó delante de la foto.

—Ahora tú, ven, clávasela a este putón, mata a esta miserable...

Suavemente, rechazando su llamada, me acosté a su lado. Acariciando su frente y su pelo grasiento, le dije que la

protegería y que podía dormir tranquila; mi voz era tan cansada y tan monótona que logré dormirme a mí mismo; a través del sueño oía el ruido áspero de su ronquido o del mío: era un momento de paz suprema para nosotros, dos animales torturados. Pero, por la mañana, el sol invernal encendió el piso: cada detalle de nuestra fealdad era visible y quedaba magnificado, no había ni rastro de la hermosura que había visto la noche anterior; junto a mí yacía una apesosa araña hecha un ovillo cuyas delgadas y peludas patas asomaban debajo de la colcha; encima de mí se consumía la vela y se sentía el olor repugnante de la cera; todo eso me indujo a saltar del sucio lecho y a huir precipitadamente.

Después de este episodio no salí durante una larga temporada y, cuando por primera vez aparecí en el bar de Jadranka, allí me esperaba la cara larga de Bill.

—¿Por qué estás de morros, Bill? ¿Acaso tienes problemas en la academia? —le pregunté, haciéndome el tonto.

—No, la academia está bien. Ya toco como un verdadero artista, el sábado debutaré con los muchachos del Mlin.

—Bravo, Bill.

—Pero tú me debes algo. Te lo pagué. Tienes que cumplir lo acordado.

—Lo cumpliré. Pero no puedo hacerlo sobrio. Primero tendrás que emborracharme, Bill, y luego hablaremos de negocios.

Mientras bebíamos, le conté mi aventura con la Pequeña Muerte Adormilada. Pensé que así se le quitarían las ganas, sin embargo, mi relato surtió en él precisamente el efecto contrario; el coronel se puso todavía más caliente. Insistía en ir a buscarla. Después de cinco o seis rondas, a mí tampoco me parecía una idea tan descabellada.

Mientras Bill esperaba en el coche, yo me pegué a su timbre como una lapa. No abría, pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que la puerta estaba entornada; la empujé con el pie y entré. Estaba sentada en el sofá y bebía aguardiente.

No se percató de mi presencia. Me senté a su lado y empecé a manosearla. Ni siquiera entonces reaccionó. Tan sólo cuando le metí la mano en las bragas abrió los ojos, me miró sorprendida y comenzó a retorcerse y a apartarse.

—No, no lo hagas, ahora tengo un hombre. ¡Un hombre mío! —dijo, y, tambaleante, entró en la habitación un tipo en el que reconocí al Cactus, un muchacho con el que antaño había jugado al fútbol en el equipo del colegio; aparte de tener el aspecto de un sesentón, había perdido casi por completo la visión por abusar del aguardiente barato.

—¿Este es tu hombre? —le pregunté.

—¡Sí, mi hombre! ¡Mi hombre! —dijo ella, arrimándose a él. Enseguida los dos se dejaron caer en el sofá enfrente de mí. Se quedaron sentados un tiempo, inmóviles, abrazados. Entonces ella cogió un vaso de la hornacina, donde ya no había ni foto ni vela, mojó un dedo en el aguardiente y se lo pasó al Cactus por los labios. Sin abrir los ojos, él empezó a besárselo mientras ella le acariciaba con la otra mano el pelo y la frente.

Yo los observaba pasmado, conmovido, avergonzado. Hacía tiempo que no había presenciado una escena de ternura tan sincera como la que se prodigaban estos muertos vivientes, estos borrachos celestiales. A pesar de que estaban en el límite entre dos mundos, ellos existían sólo el uno para el otro. Me levanté, los tapé con unas mantas y unas colchas gruesas, los arrojé como a niños pequeños y luego abandoné el piso.

Hasta el aparcamiento llevaba un camino ajardinado largo y sinuoso y allí de repente empezaron a suceder cosas terribles. Por supuesto que estaba borracho y alterado por lo ocurrido, pero lo cierto fue que de los árboles empezaron a caer mujeres. Mujeres guapas, mis mujeres, todas mis ex. Incluso las futuras, aquéllas que de alguna manera percibía como mis futuras. Y, ¡qué horror!, todas morían de una muerte espantosa. Las iba pisando, pesado, indescriptiblemente pesado, aplastaba sus hermosas caras y manos, convirtiéndolas en un amasijo de carne, huesos, sangre, venas y tendones machacados.